

PRESENTACIÓN

Antiphonarium de sanctis

Libro con antifonas para cantar a los santos

Un monje lo coloca en el facistol y busca las antífonas para cantar al santo cuyo *natalis dies*, día de su nacimiento para el cielo, el de su muerte, se celebra.

En el principio fue la piedra. Bloques perfectamente conseguidos, que expresaban lo grandioso, lo insondable, lo imperecedero de Dios, a cuyo honor se alzaban. Piedras que daban seguridad a los fieles que se acogían al monasterio como signo de su dependencia de Dios. Les daba seguridad, esperanza, fortaleza. Los largos muros pétreos que evitaban el viento al socaire de los vaivenes humanos; piedra que cerraba con seguridad y eficacia en las bóvedas el arco de la oración de los humanos; levitadas piedras que construían el velo del empíreo en voladas techumbres de los ábsides; arcos de la techumbre que recordaban los ejércitos angélicos en repetida alabanza. Era la voz de la piedra. El canto de la piedra. La catequesis de la piedra construyendo y sustentando la fe de los humanos.

Nuestro monje pasa otro folio buscando las antífonas, y el panorama es radicalmente distinto. La piedra de toda la iglesia románica ha sido enfoscada y posteriormente toda cubierta de cal. ¡Oh maravilla! Lo que antes era fe pétrea e inamovible, ahora es explosión de color, y figurado movimiento, plasmación de un Apocalipsis visto con ojos humanos o un peregrinar de santos recorriendo todos los muros encalados.

Nuestro monje nos dice que alguna vez se ha hablado de esto entre los monjes en los ratos de asueto o en la sala capitular. Para algunos es una imitación de lo que los lugareños hacían encalando sus viviendas ante el peligro de la peste volandera. Pero él dice que no. Que en los libros de los grandes clásicos, el estilo románico no estaba completo si no se pensaba con ser pintado, como en los mismos días se les daba color a las tallas y a los bultos de los santos. Y

pasando las hojas del antifonario en busca de los santos del día, nuestro monje nos muestra a los pantocrator de inmensa majestad, con unos ojos saltones y unas enormes manos en los que los humanos encontraban descrita su misericordia para con los hombres; junto a la imagen grande, la retahíla de los santos apóstoles, y en volatín posición los tetramorfos de los cuatro evangelistas.

Encerrados entre bandas de colores fríos, verdes y azules, apoyados por el negro, historias bíblicas, tal como las ensoñaron, o historias humanas, recordando el calendario de los meses los trabajos agrícolas que les esperaban en cada uno de los mismos.

En otras paredes, como si de distintos folios del antifonario se tratase, los santos, los amigos de los hombres, presentes en sus vidas como amigos de Dios que son. El monasterio, con su iglesia románica, está cercado de hechos prodigiosos, de crueles martirios victoriosos, de fieles militantes de su fe, *militēs fidei, milites Dei*. Todo está expresado, como lo viven, con un gran realismo en sus gestos, dentro de una fría limitación del espacio. Son santos entrañables, con los que siempre han convivido. O santos cuya fama traspasó los límites del espacio histórico y fueron aceptados como un regalo para su fe. Recorren todos los muros de la iglesia, contando su valentía, sus hechos milagrosos, sus muertes, el justo aprecio de los hombres que con los santos convivieron.

Al pasar nuestro monje otro folio del antifonario, aparecen los frontales que sobre tabla han dedicado a un santo y que colocan delante de la piedra del altar, en cuya teca, inserta en la piedra, descansan probablemente las reliquias del mismo. Cuantas más cosas cuente el frontal de la historia santa de su santo preferido, tanto más crecerá la confianza en él y más seguro se estará de su valiosa intercesión.

Nuestro monje ha encontrado por fin las antífonas que buscaba y las entona, invitando al coro de los monjes a cantar con él:

Isti sunt duoe oliivae [mártires Joannis et Pauli, apostoli], principes Ecclesiae, qui pro ea iugiter assistunt ante Dominum.

Es el momento de unirnos a la *laus perennis*, a la que los santos nuestros amigos, porque son amigos de Dios, nos invitan a participar, aunque sea calladamente, mientras se nos llenan de color y de esplendor los ojos, que contemplan, durante estas Jornadas, el canto del románico encalado.

Cátedra de Música Medieval Aragonesa
de la Institución «Fernando el Católico»